

743.038

Entrelíneas

Encuentros de invierno

ESTEBAN DORRIGO

Hace unos meses recibí una inesperada llamada desde Chile. Entre las primeras palabras que escuché estaban dos: José Donoso. Pocas a interpretar lo qué venía en ese momento a mi cabeza, dolo recordar que, de pronto, mientras agredía el pensamiento que me estaban anunciar, vi un parque de la ciudad de Washington. Lloviznaba y hacia frío la nieve temblaba solida de marmol que cubría singular ese invierno de 1987, cuando se interrumpieron los subterráneos, se congelaron los manzanos y se cerraron los aeropuertos. Me vi en ese parque, en el centro de la ciudad, a pocas cuadras del inexpugnable edificio del Fondo Monetario. Arribaba de comprar un cartucho de manzanas, me había quitado los guantes y comencé a pelarlos. Dos ardillas, con las colas todavía caídas, se acercaron a saltos de langosta y, obedeciendo a una invención de la belleza y descorrianza, aceptó su corteza en mi mano. Se tocaban temblando y haciendo frío, y yo trataba de quedar completamente inmóvil. Ellas desconfiaban, pero yo también. El día anterior Donoso me había contado que a María Pilar, su mujer, que se ocupaba como yo de proveer a las ardillas, una noche asaltó la habitación donde él. Me resultó creíble. Estuvimos en la oficina del Wilson Center. Pepe Donoso y yo, dejando pasar el rato y hablando de ardillas nobles. Cuando llegamos de Chile, entonces, lo vi a Donoso, mejor dicho me vi viéndolo a través y escuchándolo.

Ese invierno de 1987 lo escuché casi todos los días. Eran los días de los hermanos Ferrey del Wilson Center, además del común amigo Richard Morse que nos había invitado a ambos. Si Morse me permitió hablar de sus libros al fin se estaba demostrado interesado en que yo le comentara mis novelas. Quería, en cambio, hablar de amigos cortureros de Buenos Aires y sobre Luisa de literatura. En esa institución que nos había tocado, el Wilson Center, Donoso se contaba que nosotros éramos dos personajes, un poco esteporosos. Creía que a nadie le interrumpía allí dormido la literatura. Bocanibla con eso todo el tiempo y,

otras entonaciones. Lo entiendo mejor ahora. Donoso se habla dando cuenta de que ya no sentía un poco frío de hogar y el frío que comparte mis incomprensiones exagerándolas. Era un gesto lleno de gracia, de humor y de amistosa ironía. Yo no lo entendía del todo porque lo tomaba demasiado al pie de la letra y pensaba: ¿por dónde puede ocurrirle a Donoso que él puede estar levemente fuera de hogar en alguna parte? Una tarde lo acompañé a la Biblioteca del Congreso. Donoso iba a hablar en inglés sobre la novela del siglo XIX. Es una sala roja, casi la tumba, y Donoso hablaba de Dickens. Yo escuchaba, más que atenta, hipnotizada por la voz y el aspecto.

Cuando me llamaron de Chile para anunciarle este premio, recordé todo eso a la disparidad, mi amistad de esos meses en Washington, donde me entregó un ejemplar de La desaparición, que había aparecido en octubre de 1986. Almorzamos hablando de ese libro y cuando él ya se cansó de la que yo decía, cambió de tema y hablamos de El jardín de al lado, uno de cuyos personajes era, de modo muy reconocible, una amiga mía. ¿Cómo la pasiste de ese modo en la novela? El se reía, silenciosamente, y no daban brillo a través, no lo recordaba, ni me respondía la pregunta que era, en realidad, un poco absurdamente irracional para una crítica literaria. Facultad en el comedor del Wilson Center, pero nadie se había sentado a nuestra mesa, confirmando la hipótesis de que éramos literatura hablando de una cosa tan ridícula como que Donoso tocaba con el genio a lo Henry James que tenía para las superficies, esa capacidad de lo concreto captada en el detalle que era su marca de inteligencia una caricia, una sonrisa de Sorelán, las crudas risadas de su infancia, de los que

Virginia Woolf, adolescentes y rubia, jugando al cricket con sus hermanos.

Después tuvimos, ordinarios en Washington, en un congreso militante sobre literatura de mujeres. Encuentro en invierno, con mucha frío, todos reunidos en un congreso, en los años finales del pinochetismo. Donoso fue todos los días a esa conferencia,

como acto político del escritor que está donde tiene que estar, con quienes tiene que estar. Yo no reportaje había dicho:

"No soy activista en política pero soy mi suerte con la de la gente que estaba en el congreso". Escribió Eugenia Brivo, "El evento literario más importante producido en Chile bajo dictadura". Ahora, después, nos vimos por última vez en Washington. Estaba algo viejo y probablemente malherido, pero recordó todos los libros recién, y tal vez incluso en Chile y en Argentina las cosas habían tomado el rumbo que ambos deseábamos.

Pasaron varios años desde entonces y cambiaron muchas cosas en mi país. Hoy rego a Chile desde una nación desheredada, donde es muy difícil ser un intelectual. No porque las condiciones en las que vivo sean extremas (porque no lo son), sino porque las condiciones en las que vive la mitad de los argentinos son extremas. Los hombres y mujeres de la generación de Donoso, por lo menos muchos de ellos, sepiéronse un viejo oficio, latente y latente escribir desde una tierra extranjera. A muchas intelectuales argentinas no les hoy otro aprendizaje: escribir desde un país que casi no podemos reconocer, diciendo y creyendo lo que es que "se hasta no hace mucho. Continúan formar parte de un país y nos encontramos en otro. Esto pasa así en una experiencia surreal. Cuando recibí desde Chile el llameado que me encubría este premio, el invierno de Buenos Aires era más cruel y más inhóspito que cualquier otro invierno. Interpreté el premio como un gesto de amistad.



Encuentros de invierno [artículo] Beatriz Sarlo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Sarlo, Beatriz

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Encuentros de invierno [artículo] Beatriz Sarlo.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)